

Ciscu con su madre. Todos los vecinos se habían reunido en la capilla aquella noche. No faltaba ninguno. Jordi vió un poco más lejos a Feliú y Antunet, ambos muy guapotes y fanfarrones, con sus trajes más nuevos.

Jordi se quedó junto a la puerta. Nada de aquello que veía existía para él; ni el altar, ni la misa, ni el pesebre, ni su misma mujer, ni sus hijos; nada más que la liebre negra, Jordi se quedó junto a la puerta... por si acaso la liebre volvía.

Y sucedió que hacia la mitad de la primera misa, en el preciso momento en que el sacerdote iba a levantar la hostia... algo negro se enredó entre los pies de Jordi: algo negro que de un salto se escapó de la capilla y corrió hacia la noche. Era la liebre negra...

—¡Ah, maldita! — aulló Jordi corriendo tras ella, con gran escándalo de los feligreses, y allí se fueron colina abajo cazador y presa, y luego ambos se perdieron en el bosque. Y la libree corría, cada vez más rápidamente, volviéndose de vez en cuando para mirar a Jordi con sus diabólicos ojillos rojizos y relucientes, llenos de ironía, como si supiera muy bien lo

que estaba haciendo, y supiera también perfectamente que era lo que iba a suceder después...

V

Cuenta la leyenda que, al día siguiente, los "payeses" Feliú y Antunet, que andaban buscando a su compadre, encontraron entre las montañas el cadáver de Jordi; se había despeñado en su vertiginosa carrera detrás de la inalcanzable liebre negra, que no debía haber sido un "ser natural", como se dijo muy en breve.

Y cuentan también que desde aquel día, cuando las campanas de Nochebuena alegran los bosques con sus tañidos, suelen oírse en los alrededores los pasos obstinados del iracundo cazador, y sus palabras salpicadas de denuestos contra la odiosa bestezuela cuya sombra, "solo la sombra", se escurre locamente por entre piedras y matorrales

—¡Ah» maldita!

Pero las campanas continúan tocando, luminosas e impertérritas. Y esto sucede hasta que terminan las tres misas de Navidad.

“Los orígenes de una gran obra social”

7 de Abril de 1872, barrio de Belleville, en París, una pequeña casa de la calle Levert, a la que pretendía dar amplitud su estrecho jardín, acogía aquella tarde de sonriente primavera, un conjunto inusitado: un puñado de obreros del barrio, otro de Mont Parnasse, el clero de la parroquia, algunos sacerdotes extranjeros, una concurrencia de no más de doscientas personas.

El atardecer, desprovisto de bullicio, dejaba oír las palabras que un joven militar, Alberto de Mun, volcaba con el fervor de una plegaria y el entusiasmo de

una pasión sentida y servida con ardor: “Nuestra obra pretende, sin olvidar la tradición y sin desconocer las necesidades modernas, reconstituir en el mundo del trabajo, asociaciones cristianas, es decir asociaciones fundadas sobre las virtudes y sobre los deberes que enseña el Evangelio, los únicos que pueden restablecer entre las clases la concordia en lugar del odio”.

No parecían estas palabras conmover al auditorio, quimeras resultaban proyectadas sobre el recuerdo sangriento y todavía demasiado reciente de la guerra y

la Comuna. Sólo unos pocos parecían entrever sobre la modestia de aquel acto y lo limitado del concurso, muchos locales como aquél abrazando Francia y millares de obreros, la Cruz en alto, entonando las estrofas que aquel día resonaban por primera vez.

**"Esperance de la France.
Ouvriers, soyez chretiens!" (1)**

Un mes antes la Providencia había reunido a dos hombres destinados a comprenderse: Alberto de Mun y Mauricio Maignen; el primero venía de las jornadas dolorosas de Metz, de la prisión en Alemania, de la tristeza amarga de la Comuna, el segundo, hermano de San Vicente de Paul, dirigía un círculo de jóvenes obreros en París. Un común horror por las desgracias de su patria, los movería en esa obra de regeneración social.

Desde el salón en que ambos departían, distinguiendo a lo lejos las ruínas de las Tullerías, Mauricio Maignen decía: "Si, es horrible esa vieja residencia de los reyes, incendiada, ese palacio destruido, donde tantas fiestas alegraron los ojos ¿Pero quién es el responsable? No es el pueblo, el verdadero pueblo, aquél que trabaja, que sufre! los criminales que han quemado París no son de ese pueblo... pero a él, quién de ustedes lo conoce?... ah! los responsables, los verdaderos, responsables sois vosotros, son lo ricos, los grandes, los felices, que se han divertido tanto entre esos muros destruidos; que pasan al lado del pueblo sin verlo, sin conocerlo, que no saben nada de su alma, de sus necesidades, de sus sufrimientos... Yo vivo con él y os lo digo de su parte, él no os odia, pero os ignora como vosotros lo ignorais,: id a él, el corazón

abierto, la mano tendida y veréis que él os comprenderá".

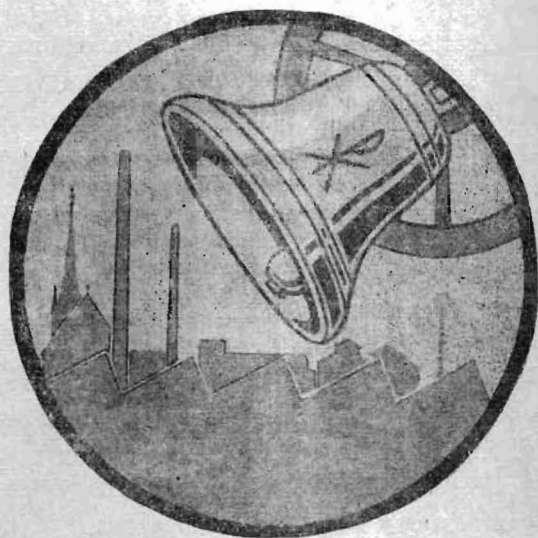
La vocación del Conde de Mun estaba decidida. A ellos se uniría un grupo de decididos católicos, periodistas unos, legisladores otros, militares los más, todos creyentes sinceros.

Eligieron para plantar el primer jalón de aquella obra esa colina de Belleville, donde un año antes la Comuna agonizaba bajo la terrible represión.

Así nacía para Francia y para el mundo la Obra de los Círculos Católicos de Obreros, la consagración de las clases dirigentes a las clases obreras. Su fin sería levantar la sociedad cristiana sobre las ruinas de la sociedad revolucionaria, su medio la asociación católica, su enseña la cruz y su gloriosa divisa, "In hoc signo vinces".

GRACIELA LAPIDO
(Sección Historia)

(1) Cántico de la Obra de los Círculos Católicos de Obreros. — Bibliografía — Alberto de Mun: "Discursos" T. I. — "na vocation sociale".



REGOCIJEMONOS con la Navidad porque Cristo bajó del cielo a la tierra para que los hombres puedan subir de la tierra al cielo.